

obligaba á permanecer acostada gran parte del día; entonces abandonaba sus ocupaciones ordinarias, no le inspiraba afección su familia y montaba en cólera, cuando se la contrariaba: esta depravación persistió durante seis años. Los ménstruos dejaron de correr paulatinamente; la señora se puso buena, odiaba los licores fuertes y volvió á sus costumbres, gozando de una excelente salud á la edad de setenta y dos años.»

«M. G..., abogado, de cuarenta y un años de edad, estatura regular, temperamento sanguíneo, ojos y cabellos negros, habia gozado siempre de muy buena salud. Despues de algunos años padeció una erupcion general, que dió á sus manos el aspecto de la elefantiasis. M. G... tenia un carácter dulce; en su juventud tuvo mucha inclinacion á las bebidas alcohólicas, pero jamás se embriagaba. Mas tarde abusó de los licores, y se emborrachó algunas veces; faltó de ocupacion, empleaba el tiempo y el dinero en beber con tal exceso, que en las noticias tomadas acerca de este enfermo, se dice que un día bebió ciento setenta y un vasitos de aguardiente. Pasado un año, G... iba todas las tardes á las tabernas de peor orden, en las que pasaba la noche con los infelices de la clase mas abyecta. Se le arrestó y fué conducido al depósito de la prefectura de policía, de la que no salió en tres meses, en cuya época, por las reclamaciones de una tia suya, que se compadeció de él, obtuvo su libertad; le vistió y le hizo prometer que no se entregaria mas á tales excesos; le envió á su provincia. M. G... no tardó mucho en volver á sus funestos hábitos; vendió sus efectos y desapareció. Durante algunos dias su familia estuvo inquieta, ignorando el paradero de este sugeto, que volvió al lado de su tia, de quien recibió algunos consejos; despues tomó la resolución de marcharse á Charenton, prometiendo conducirse razonablemente: su entrada en esta casa fué el 4 de enero de 1836. M. G... estaba tranquilo, era cortés, sus maneras eran muy agradables, su conversacion interesante, y se ocupaba en literatura. Cuando se le hacian reflexiones sobre su conducta, se avergonzaba, se arrepentia y prometia resistir á su funesta inclinacion. Si se le hablaba de lo feo y humillante que es en un hombre de educacion y con mujer é hijos tal conducta, M. G... apreciaba la justicia de esas observaciones; lloraba de vergüenza y sentimiento; formaba los mas severos proyectos para evitarlo, y consentia en no salir mas de la casa de los locos, si recaia en lo sucesivo.

»A pesar de sus buenas intenciones y protestas, siempre que se permitia á M. G... salir del establecimiento, se contenia durante tres ó cuatro dias; pero pasados estos, bebia y entraba en completo estado de embriaguez. Si á consecuencia de semejantes excesos se le retenia por una semana ó dos, su conducta se volvía regular y su razon perfecta; no hacia instancias para salir; pero despues de una larga privacion se sentia de nuevo excitado fuertemente, y no habia promesas ni astucia que M. G... no pusiese en juego para obtener su libertad. Todos nuestros esfuerzos, dice Esquirol, despues de diez y ocho meses, para ayudar á este enfermo á que triunfase de su fatal pensamiento, han sido inútiles hasta aquí.»

Nosotros podemos añadir á estos hechos, citados por Esquirol, uno de nuestra práctica.

Un sugeto, artesano, muy trabajador y bueno en toda la extension de la palabra, que se deja llevar por su esposa con la mansedumbre de un cordero, se embriaga de tantos en tantos meses, y á la sazón se vuelve pendenciero, camorrista; le da por romper los cacharros y muebles de su casa, descerrar las cómodas, buscando dinero para ir á beber, y

así pasa seis ó siete dias; luego llora, promete á su mujer no volver mas á ello; y así trascurren meses y años, volviendo á trabajar y sin embriagarse. En la familia de ese hombre parece ser hereditaria esa dipsomanía. Casi es como la que cita Gall.

En estos casos el deseo de beber es instintivo, imperioso, irresistible: el enfermo se precipita sobre toda clase de bebidas fuertes, se exalta, y se vuelve peligroso, si no puede satisfacerse.

Este deseo de alcohólicos persiste toda la duracion del paroxismo, despues del cual el convaleciente adquiere sus costumbres y temperancia. Hánse visto personas que, en el intervalo de uno á otro acceso, tenían una gran repugnancia hácia toda bebida fermentada, no bebiendo mas que agua. Un jóven comerciante, natural de Holanda, á quien Esquirol habia curado un acceso de manía, seguida de excesos en la bebida, le dijo diez años despues que, terminada su enfermedad, no habia podido beber vino ni licores.

Los sugetos afectados de esta monomanía ceden á un arrastramiento tanto mas imperioso, cuanto mas modificado está por efecto de la costumbre. Las promesas mas solemnes, las resoluciones mas fuertes, la vergüenza y el peligro á que se exponen, los dolores físicos que los atormentan, las súplicas amistosas, el cariño de los padres, mujeres é hijos no bastan para desviar á estos infelices de su funesta inclinacion.

La dipsomanía no puede confundirse con la ebriosidad, no solo por sus causas, sino por los síntomas que la caracterizan, ora sea continúa, ora intermitente.

La continúa tiene los síntomas siguientes:

Por la mañana temprano, despues de haber pasado el sugeto una mala noche, despierta moroso y apesadumbrado; tiembla todo su cuerpo; el ánimo está apocadísimo, con mal sabor de boca, y náuseas. Desarróllase en él un impulso irresistible de beber licores fuertes, en especial el aguardiente; bebe un sorbo, luego otro, luego otro, y así sucesivamente. Pasan algunas horas sin sentir necesidad de beber; pero el sabor del aguardiente le reanima; vuelve á beber, y así continúa todo el día hasta que se embriaga. Se acuesta; duerme mal; pasa la noche peor, y al día siguiente se repite la misma escena, abusa de la bebida, y pasa el día igual al anterior, con el mismo resultado, y así los demás días.

Concíbese cómo la ebriosidad se presenta á su tiempo precedida de la dipsomanía. Cuando aquella llegue, ya no habrá medios de distinguirla. La distincion es fácil por el modo como se ha provocado la ebriosidad.

La dipsomanía intermitente tiene sus períodos, prodromos, principio del mal, aumento, crisis, convalecencia ó muerte, ó bien las terminaciones de la ebriosidad.

El período de los prodromos se anuncia de esta manera: los ojos brillan de suerte, que dan cierta ferocidad á la mirada; sobrevienen en los músculos oculares espasmos clónicos, que ocasionan las guiñaduras de los párpados, y hacen rodar el globo del ojo dentro de la órbita; el apeto empieza á desaparecer, el sueño es agitado, la cabeza pesada, la sangre acude á ella con fuerza, la cara se pone turgesciente y mas encendida; pero la rubicundez no tiene la vivacidad que es propia de las personas sanas. Es mas purpurina y se parece á la que presentan los enfermos de fiebres pútridas y demás enfermedades acompañadas de la depravacion de la sangre. Sacudiendo la cabeza, el enfermo experimenta al principio dolor en el sincipucio, luego vértigos, zumbidos de oídos, etc.

La lengua tiembla, y sus movimientos son inciertos; el sentido del oído y de la vista sufren errores. El enfermo tiene constipación, borborismos, dolores en el bajo vientre y fiebre. Se vuelve tímido, agitado, de mal humor y fácil de ira. Esta irascibilidad degenera en furor, y el hombre es capaz en tal estado de cometer las acciones más horribles. A veces aparecen petequias en diversas partes del cuerpo, epistaxis, hemorragias por las encías, boca y ano. La primera sangre que corre es lívida, y no se coagula. Este período dura algunos días, ó solo algunas horas. A veces es tan corto, que apenas se fija la atención en él. Todo indica que hay una alteración en la masa de la sangre.

Empieza entonces la dipsomanía. El enfermo siente un irresistible deseo de bebidas espirituosas, impulso instintivo, que no estalla súbitamente, sino por grados por lo común. El hombre, sobre todo, según su posición, educación y costumbres, empieza á beber secretamente; pero no tarda en pedir y procurarse aguardiente, ron ó otra cosa análoga, en alta voz y delante de todos; lo exige imperiosamente, y emplea todos los medios imaginables para procurarse licores, cayendo en una especie de acceso de manía, si no se satisface su ardiente necesidad. Si no le dan, ó no puede conseguir aguardiente ó ron, busca cerveza, vino ó sidra. Apenas ha bebido, se siente aliviado, se tranquiliza, vuelve á la razón; pero el acceso reaparece luego, y acude al vaso, que vacía pronto y con avidez.

El mal, en vez de aplacarse, aumenta. La acción de beber se hace continua, y el enfermo experimenta los mayores tormentos, si se le rehúsa el licor fermentado, aun cuando no sea más que por instantes. Bruhl-Cramer vió á un dipsómano que no podía pasar cinco minutos sin beber un vasito de aguardiente, al paso que antes del mal no podía soportar esta bebida, siquiera se la diesen con agua. Le ocasionaba un ardor de estómago violento, que le obligaba á beber mucha agua, y vomitaba en seguida. Este infeliz murió á los veinte y un días de su mal.

La sed los atormenta; pero no es de agua, sino de bebidas fuertes. Solo cuando está arruinada la organización, y la muerte cercana, esos infelices piden agua; pero ya es tarde: ya no les apaga el ardor que los abrasa. Esa sed de licores persiste á veces hasta el mismo último suspiro. Un desdichado se quejaba de un vivo dolor de costado, que solo se le calmaba con aguardiente, y por eso lo pedía sin cesar. Diéronle una botella, la apuró de un trago, se reclinó en la almohada y espiró.

Después de más ó menos días de este tormento, y llevada la agitación á su mayor grado, sobrevienen vómitos atroces, que expulsan una materia que no es siempre biliar alterada, ni otra cosa, sino un líquido por lo común acuoso. Después de haber vomitado, todavía suele sentir el enfermo deseos de beber aguardiente; mas no tarda en tomarle repugnancia, en aborrecer todo licor espirituoso; basta pensar en ellos para sufrir horriblemente. La crisis se efectúa, la dipsomanía pasa, y los enfermos suelen sentir durante esa crisis algunas afecciones del bajo vientre, dolores, espasmos, borborismos, etc.

Viene la convalecencia, y va acompañada de un estado particular de irritación general; hay insomnio; imágenes terribles y desagradables asaltan continuamente al enfermo: los que han sufrido alguna enfermedad grave, dicen que ese estado les causa más tormentos que la mayor afección. La duración varía de uno á muchos días.

Aun cuando se disipa tal estado, el sistema nervioso queda como herido de una insensibilidad anormal, gran tendencia á espantarse, impresionabilidad

extremada, propensión á enfadarse, pena para soportar cualquier fatiga, temblor, alucinaciones, desarreglo de las funciones de la piel, palidez terrea de los tegumentos, tinta purpurina de la cara.

La disolución de la sangre, dice Bruhl-Cramer, parece ser uno de los fenómenos más constantes en los dipsómanos; pero no puede ser desconocida en la periódica durante los intervalos lúcidos, hasta cuando han desaparecido todos los demás síntomas, y en los prodromos y parasismos es evidente.

La dipsomanía es pues una enfermedad del sistema nervioso, como la bulimia, la ninfomanía, etc.; pero es más profunda, y depende sin duda de malas condiciones de la sangre.

Nosotros añadiremos á estas consideraciones de los autores, que, siendo la respiración una de las funciones que nos gastan carbono, porque el oxígeno respirado nos le quema, dependiendo de esa pérdida que sufrimos continuamente la sensación de malestar, la languidez y debilidad que experimentamos, cuando con alimento y bebidas no reparamos estas pérdidas, y siendo por otra parte las bebidas espirituosas, por su alcohol, compuesto muy rico en carbono, y por más fáciles de ser absorbidas, muy conducentes para reparar rápidamente esas pérdidas de carbono, verdades que la ciencia ha puesto fuera de duda en nuestros tiempos, se concibe cómo puede desarrollarse en nuestra organización una afección de esa especie, y cómo puede levantarse ese impulso instintivo, que, desarreglado, tiene tan funestas consecuencias.

Si la dipsomanía no termina, si se renueva, entonces las bebidas alcohólicas producen todos los efectos de la embriaguez, como si el abuso dependiese del vicio, y tiene todas las consecuencias de la ebriosidad, con la cual marcha por los efectos á confundirse.

Expuestas las formas de la locura idiopática, pasemos á las de la sintomática.

#### *Locuras sintomáticas.*

Estas formas no son ya nuevas para nosotros, porque solo se diferencian de las idiopáticas por no serlo, por depender, ya de otras enfermedades agudas ó crónicas, ya de ciertas sustancias capaces de trastornar ó suspender temporalmente las facultades psíquicas del hombre, ya de ciertos estados fisiológicos, en los cuales no hay uso de razón.

Vamos á hablar, pues, de ellas, empezando por las que producen las bebidas alcohólicas; así continuaremos en cierto modo el punto de que acabamos de tratar, ó sea la dipsomanía; luego pasaremos á los que ocasionan ciertas sustancias venenosas, después de lo cual iremos viendo las que se presentan en la preñez y lactancia, y las que dependen de otras enfermedades.

*Ebriosidad.*— Entre las locuras idiopáticas hemos visto figurar la *ebriomanía* ó dipsomanía, como enfermedad mental, que arrastra á los sujetos á hacer uso de las bebidas fermentadas.

Esta enfermedad, así considerada, es verdaderamente una dolencia esencial, anterior al abuso de las bebidas alcohólicas, puesto que, en vez de desarrollarse á consecuencia de este abuso, es, al contrario, la causa de él; por ella, personas que no se habían dado á semejante vicio, se entregan luego con furor á la satisfacción de una necesidad imperiosa é instintiva, que en ellas se desenvuelve.

Por-eso es considerada, y con razon, como una afeccion mental idiopática, esencial, como todas las demás monomanías.

Mas, á vueltas de esa forma de alteracion mental idiopática, anterior y no posterior al abuso de las bebidas fermentadas, causa del abuso que de ellas se hace luego, no efecto ó resultado de un vicio ó pasion fisiológica por las mismas; hay otra forma de alteracion mental, que sobreviene siempre, despues de haberse dado por mas ó menos tiempo al uso inmoderado del vino, del aguardiente ó de todo licor fermentado.

Por lo mismo que en la parte legal he hablado extensamente de la legislacion relativa á la embriaguez, combatiendo la doctrina que generalmente reina acerca de ella, creo que debo tratar con alguna extension de los extravíos mentales á que da lugar la embriaguez en ciertos sujetos, no ya como enfermedad idiopática ó monomanía, sino como enfermedad sintomática, producida por el abuso de las bebidas fermentadas.

Adoptando con Clarus, Friederich, Roesch y otros la palabra *ebriosidad* para determinar la enfermedad que nos ocupa, dirémos que es un estado en el que el hombre, por abuso repetido de bebidas fermentadas, pierde el uso de su razon. Así la distinguiremos clara y terminantemente de la dipsomanía ó ebriomanía, enfermedad idiopática de que ya se ha tratado en otra parte.

Esta enfermedad puede presentar los siguientes estados ó formas, bajo el punto de vista psíquico y somático del sugeto que la padece.

- 1.º Embriaguez.
- 2.º Degeneracion de costumbres.
- 3.º Alucinaciones y errores de sentidos.
- 4.º Locura ebriosa.

Describamos sucesivamente cada una de estas formas ó estados de la ebriosidad.

*Embriaguez.*— Sabido es que el primer efecto del vino, como el de toda bebida espirituosa, es una impresion agradable que conforta el cuerpo, alegra el carácter y abre el apetito. Es una verdad, á la que se han rendido los mas severos dietistas y moralistas. El uso moderado de esas bebidas reportará siempre utilidad fisica y moralmente al hombre.

Mas, en cuanto se propasa uno en esa bebida, ya va sintiendo cuán cerca están los inconvenientes de las ventajas. A los primeros vasos, el calor y la turgescencia de la piel aumentan, la cara se tiñe, se pone mas expansiva, el ojo brilla, la fuerza muscular adquiere mas energía, y todas las funciones marchan con mas expedicion. Experimentase un bienestar interior, que hace gozar de lo presente y olvidar los pesares actuales; que borra lo pasado y vela el porvenir; el ánimo se fortifica, el corazon se ensancha, la benevolencia y la amistad se hacen los sentimientos dominantes; la lengua se suelta, el arca de los secretos se abre como la concha del marisco á las oleadas del mar; la inteligencia se aguza, y el espíritu chispea.

Mas poco tarda en eclipsarse esta bella aurora de la embriaguez: á su exaltacion sucede un poco de aplanamiento; un sueño profundo y tranquilo vuelve las fuerzas al estado anterior, y la aptitud para el trabajo. Mientras de eso no se pase, no hay peligro. Si el sacerdote de Baco se limitase aquí, como dice Trotter, se podría ser indulgente con él.

Pero si se sigue bebiendo, si se traspasa la medida de la prudencia, medida que no es igual para todos, la embriaguez se presenta con todos sus repugnantes caracteres. La sangre hierve de más á más, circula con

violencia, y en especial hácia la cabeza; la cara se enciende, pierde su aire alegre, y toma un aspecto feroz; los ojos arrojan un brillo óminoso y desagradable, la mirada divaga aquí y allá, y al fin se fija falta de expresion; el sistema nervioso, antes excitado, se va deprimiendo rápidamente y con creces; los sentidos se embotan; la marcha se hace vacilante, incierta, y la palabra se roza.

A las inspiraciones de un espíritu estimulado, sucede una habladería inepta; el discurso carece de ilacion, el ánimo degenera en temeridad, y la alegría en extravagancia. El carácter se vuelve impresionable, desconfiado, irascible. Los juicios pierden su exactitud, se hacen incompletos, aventurados, duros, incoherentes; el espíritu se vuelve mordaz é insípido. Ya no hay mas que un flujo desordenado de ideas que acaba por un verdadero delirio.

El embriagado olvida las relaciones con el mundo, y se torna atolondrado, arrogante, pendenciero é intratable.

Si no le sobreviene pronto el sueño, el coma, que suele seguir á este estado; si con abundantes vómitos no arroja el exceso de bebida no absorbida aun, fácil es que, en semejante estado de enagenacion mental, se entregue á toda clase de horrores, que rompa, que hiera, que incendie, que mate, ó atropelle el pudor de la mujer.

Este estado, si no condujese al ébrio á ningun acto delincuente y no se repitiese, no tendria, por lo comun, consecuencias graves; pasaria el efecto de las bebidas espirituosas, y todo entraria, á los dos ó tres dias, en su estado natural; mas si es frecuente, si pasa á ser vicio ó costumbre del sugeto, ya le va colocando en las condiciones de la enfermedad que nos ocupa.

La embriaguez habitual puede ser efecto de tres grados del deseo de beber. El primero, que es el mas comun, consiste solo en el deseo de beber para alegrarse. El segundo ya va siendo un impulso casi irresistible, debido acaso á la necesidad de levantar las fuerzas abatidas por cualquier causa, y á veces hasta por abuso de bebidas anteriores. Por último, es una necesidad tan vehemente, tan imperiosa, tan tiránica, ya continúa, ya periódica, que nada puede refrenar; es la verdadera dipsomanía desarrollada en ciertas personas, que no solo no habian abusado de las bebidas, sino que tal vez ni las tenian en uso.

Los autores disputan sobre si la embriaguez es una enfermedad física ó moral. Trotter la tiene por moral, y Bruhl-Calmer por física. Hoffbauer los concilia diciendo que en cuanto á la causa casi siempre es física; es el vicio de beber; y tomada como este vicio, es física la enfermedad; mas si se considera que declarada esta produce una alteracion intelectual y moral, moral es la enfermedad.

Esta cuestion es mas importante de lo que á primera vista parece, porque como los ébrios cometen á menudo delitos, segun como se considere su enfermedad, ha de ser muy diferente el modo como los traten los tribunales y los estime la sociedad.

Cuando la embriaguez va seguida de dipsomanía, no puede dudarse de que no es una enfermedad física debida á vicios, puesto que es una monomanía, un impulso irresistible á beber, anterior á todo abuso de bebidas. Al paso que cuando la embriaguez es el resultado de un vicio, de circunstancias personales y sociales del sugeto, en cuanto á sus causas y en si misma es física, aun cuando trastorne la moral; como es física una tifofea que causa tambien trastornos intelectuales y morales.

*Degeneracion de las costumbres por efecto de embriaguez.*—El ébrio habitual cambia de carácter enteramente, y en muchos casos se cometeria una grande injusticia, si se le juzgase por la conducta que guarda, mientras está bajo el influjo de las bebidas. Muchos sugetos finos y de genio pacífico se hacen groseros y belicosos en cuanto llegan á privarse. Por cualquiera cosa arman disputa, y nada mas fácil que maltratar de obra á los que los contrarian, y sin ello.

En Italia hay un refran, segun dice Casper, que expresa metafórica y lacónicamente los cambios de carácter en los tres estadios de la embriaguez: primero da sangre de cordero; luego la da de tigre, por último de cerdo.

Dícese que *in vino veritas*, por cuanto el ébrio no tiene secretos, se hace expansivo, franco, y pone á descubierto pasiones y sentimientos que la circunspeccion tenia ocultos. Juan Jacobo Rousseau dice que quien tiene malas ideas cuando ébrio, no las tiene muy buenas cuando sóbrio; solo que en este estado las guarda.

La ambicion es el sentimiento que mas á menudo se revela con los efectos del vino; el orgullo y la arrogancia parecen defectos propios de los ébrios; no conociendo freno ni límites á su poder, se creen aptos para todo.

Cuando el ébrio ha dormido mas ó menos agitado, sale de su sueño en una disposicion particular, siquiera haya recobrado el uso de su razon. De pronto siente una gran apatía, una indiferencia para sí y para todo, un verdadero tédio de la vida por pura indolencia. No se da la menor pena para pensar, y cuando mas tarde quiere hacerlo, la facultad le falta. Su espíritu está envuelto en un velo, lo mismo que sus sentidos, y esta apatía, este tédio de la vida de que no están libres los que mas apego le tenian, degenera en un humor quisquilloso, que inspira al convaleciente reflexiones cómicas sobre sí mismo, le hace saltar de una idea á otra, y le conduce á tratar de todas las cosas con la mayor ligereza. Por poco que la constitucion y el temperamento del sugeto favorezcan esa tendencia, mas fácilmente se cae en ella, en igualdad de las demás circunstancias.

Así como falta al ébrio habitual la seguridad y rapidez de movimientos, la finura y prevision de los sentidos, la energía y reaccion contra las impresiones exteriores, lo mismo que la aptitud de procrear que va de cada vez en disminucion; así tambien disminuye la certidumbre de las acciones, la dificultad y la lentitud de concepcion se hace mas notable, hasta para las cosas mas sencillas; hay difusion de ideas, pérdida de la memoria y del juicio, irresolucion, flojedad y bajeza de carácter. Pusilánimes y sin dignidad, los hombres que se dan con exceso á las bebidas, mas bien parecen eunucos, y todavía peor; porque además de ser impotentes y de transparentarse esa impotencia en todos sus actos, no hay inteligencia ni gusto para nada, como no sea para satisfacer los caprichos del momento, satisfaccion que solo dura el mismo instante de alcanzarla.

Son bruscos, desapacibles; se sienten mal, de un modo vago, y no es raro que en semejante estado les ocurra la idea del suicidio y le ejecuten. Muchos suicidios de Inglaterra se atribuyen al abuso de los licores espirituosos. En Alemania sucede otro tanto. Schlegel refiere varios casos de esta especie. En 1829 hubo doscientos suicidios debidos á esa causa.

El estado habitual de muchos ébrios es de un semidelirio. Se irritan

fácilmente, y por nada; pero se aplacan en seguida como niños; hablan tal vez mucho; quieren hablar de cosas de las que no ven el enlace, y jamás llega el fin de sus relatos. Juzgan sin comprender, se inquietan por nimiedades, y descuidan sus intereses; el desórden de sus negocios, su estado moral mismo no les llama la atencion, ó la fijan por poco tiempo.

Muchos se creen importantes é indispensables; son amigos de mandar, y como se los contrarie, se entregan á ciertos actos de despecho, se desatan en injurias ó cometen brutalidades. De ese miserable estado al de locura no hay mas que un paso.

Esta degeneracion de carácter y de costumbres tiene dos formas notables en la mayor parte de los ébrios. La *ferocidad* y la *morosidad ebriosa*.

La *primera* se presenta particularmente en aquellos sugetos que son robustos, al mismo tiempo que están faltos de educacion; por eso se halla en las clases del pueblo mas inculto. Se manifiesta por una conducta brutal bajo todos los aspectos, por groseros arrebatos, por indiferencia al bienestar y al reposo de otros, y en especial de la propia familia, por el desprecio de los principios de equidad y justicia, por la jactancia, por un humor pendenciero, durante cuyos accesos el hombre embrutecido, cuando se le contraría, hiere sin freno, y emplea la violencia para alcanzar lo que él cree ser su derecho.

La segunda forma, ó sea la *morosidad ebriosa*, se observa en los sugetos débiles, y en especial en los que pretenden tener cierta cultura del espíritu. Tiene por caractéres un descontento continuo de sí mismo y de los demás, particularmente de los deudos; interminables disputas y vociferaciones en el interior de la familia; la holgazanería, la tendencia á consagrar á los goces de los sentidos el tiempo de que les hace un insoportable peso su ociosidad.

De ahí el afan pueril de charlar con los primeros que encuentran y sus conocimientos; los caprichos de la voluptuosidad, á pesar de la impotencia parcial ó total en que se encuentran; la pasion del juego, la de la especulacion; el mal humor, cuando no van esas especulaciones como ellos imaginan, y al ver que el bienestar hasta la sazón gozado se disipa; de ahí mas tarde la taciturnidad y la propension á engañar, la desesperacion, y por último, el suicidio.

Así como la ferocidad ebriosa conduce á la locura arrebatada, al furor; así la morosidad es el puente de la monomanía hipocondríaca, ó de la lipemanía y la demencia.

*Alucinaciones ebrias.*—Estas son mas frecuentes en los sugetos débiles, de temperamento irritable, venoso y bilioso, atrabiliarios, como los llaman otros; sin embargo, no dejan de presentarse tambien en los de textura robusta. El bebedor de profesion acaba casi siempre por empobrecer su físico, y adquirir mas ó menos ese temperamento atrabilario, siquiera la naturaleza le haya dotado de condiciones opuestas.

Las alucinaciones de los sentidos van aumentando de una manera gradual en todos los bebedores. Respecto del oido, es al principio un murmullo, cada vez mas fuerte, que el enfermo percibe y toma, ya por el ruido de la lluvia, ya por el del salto de agua, ya por el del trueno lejano, ruido de campanas ó aun de alguna música. Acaba por oir voces humanas, al principio palabras sueltas, luego frases; y mas tarde discursos enteros, que le dirigen y que le obligan á trabar conversacion con esas voces.

En cuanto á la vista, esas alucinaciones van variando, desde pequeñas centellas, ó lucecillas y moscas que andan voliteando, hasta la diplopia y á la vista de espectros.

La educacion que haya tenido el sugeto entra por mucho en las formas de estas alucinaciones, tanto del oido como de la vista, porque la imaginacion, segun los caudales que tiene de antemano recogidos, juega un papel diferente en la produccion de esos fenómenos psíquicos.

En lo tocante al sentido del tacto, los hormigueos, los entumecimientos de las manos y piés, etc., representan el primer grado; luego creen los enfermos tener á otro sugeto junto á ellos; se creen dos; ven á un niño que está pegado á su lado; en la silla ó en la cama se ven envueltos en telarañas ó velos, sombras, y sienten toda especie de animal que arrastra, corre y se encarama por su cuerpo.

El olfato y el gusto no sufren tantas alteraciones de esta especie; están mas bien apagados que pervertidos; el gusto es ácido ó agrio, amargo, y es debido, como en otras enfermedades, al mal estado de los órganos digestivos, á la saburra gástrica, ó á la pirosis muy comun en estos enfermos.

*Locura ebriosa.*—La enagenacion mental de los ébrios, llamada *locura ebriosa*, puede presentar la forma conocida con el nombre de *delirium tremens*, la de *mania à potu*, y la de *melancolla ó demencia*. Vienen á ser grados de la misma enfermedad. Digamos dos palabras de cada una.

*Delirium tremens.*—Las alucinaciones de los sentidos, que experimentan los bebedores, pasan pronto al estado de locura, llamado *delirium tremens*, el cual puede definirse, conforme lo hace Barchausen, una enfermedad que se caracteriza principalmente por la perturbacion de las funciones cerebrales y nerviosas, en especial el insomnio, el delirio y las alucinaciones de una especie particular, y frecuentemente por temblor de los miembros con ó sin alteracion simultánea de la forma del sistema vascular sanguíneo, con ó sin fiebre, y una gran tendencia al colapso, que no cede sino á un sueño crítico. Para ser *delirium tremens* debe observarse en las personas que han hecho grande abuso de las bebidas espirituosas, en especial el aguardiente, porque otras sustancias, como el opio, la belladona, la manzana india, el café, pueden producir ese estado.

Por punto general los enfermos no pueden persuadirse que no sean verdaderos los fantasmas que creen ver. Hay, sin embargo, algunos que conocen que son fantasmas; pero no saben desprenderse de ellos, no pueden evitar su presencia, aunque ficticia.

Los mejores escritores de esta enfermedad la distinguen en aguda y crónica, en idiopática y sintomática, en esténica y asténica.

El primer período de esta enfermedad se caracteriza por una agitacion desusada, ansiedad é insomnio, falta de apetito, regurgitaciones, náuseas y hasta vómitos, á los cuales son tan propensos todos los ebriosos. Por eso Hazedén pretende que todos los enfermos de esta clase padecen de gastritis ó de las vias gástricas.

Si hay dolores de otras enfermedades, se apagan cada vez más. El enfermo tiene ya alucinaciones de la vista, oído y tacto: sin embargo, todavía puede convencerse de que no son reales los fantasmas que ve, oye y toca; se cree muy malo, y tiene presentimientos de una cercana muerte. Poco á poco las alucinaciones de los sentidos van venciendo la reflexion, y el ébrio cree en la realidad de las visiones, que están flotando delante de sus ojos: la ansiedad que le causaba su estado, se disipa; el

delirio toma un carácter de alegría; el enfermo se hace el chistoso, tomando á broma las ocurrencias del mundo ideal en que vive; él mismo se rie á carcajadas de sus gracejos, y hasta los que le rodean, apenas pueden contener, al verle así, la risa.

Este humor, que ya hemos encontrado en los primeros efectos de la embriaguez, hace olvidar por algun tiempo al enfermo sus sufrimientos, al pobre su miseria, y al criminal sus remordimientos. Ya no abandona al insensato y derrama el encanto sobre los trabajos á que se propone entregarse sin descanso; tan pronto estas tareas son las ocupaciones ordinarias del sugeto, que quiere terminarlas á toda prisa; tan pronto consisten en apartar obstáculos, que se imagina que sin cesar se ofrecen á su carrera ó situacion.

Esos enfermos creen que su habitacion, su cama y sus vestidos están llenos de moscas, pájaros, ratones, otros bichos, y hasta de animales imaginarios, cuya descripcion dan cuando se la piden; y acuden á toda suerte de gesticulaciones para alejar á esos huéspedes incómodos. Rechazan tambien á los ladrones ó enemigos; ven soldados cubiertos de brillantes uniformes; se creen amenazados de peligros, y procuran eludirlos con la astucia, etc.

No es raro que se hagan la ilusion que ven vasos llenos de licor; los cogen y los apuran con avidez. Piden aguardiente con frecuencia, y tragan todo lo que les presentan como tal, por poco que el vaso sea propio para ello, y el líquido se parezca á ese licor.

La enorme actividad que despliegan explica el abundante sudor que corre por su cuerpo. La lengua comunmente está cargada; esos enfermos comen; tienen por lo comun poca sed, y es muy raro que llegue á presentárseles calentura.

En el *delirium tremens* asténico, del que tratamos ahora mas particularmente, la mirada es mas bien extraviada y feroz que suave; el ojo tiene un brillo especial, y está húmedo. Ordinariamente el enfermo obedece dócil á los que tienen autoridad sobre él; se presta á las prescripciones del médico, y toma los medicamentos que le presentan, aunque se cree en buen estado de salud, y se imagina á menudo que no es él el enfermo, sino otro que tiene á su lado, y al cual se dirigen las prescripciones del facultativo.

La cabeza está un poco caliente, la cara no encendida, las carótidas no laten con mucha fuerza, el pulso está bastante vivo, pero es mas bien pequeño que grande y lleno. En los casos no desgraciados, al cabo de uno, dos, tres, cuatro, ó lo mas siete ú ocho dias, le acomete al enfermo vivo deseo de dormir; acaba por dormirse profundamente, siendo al principio tranquilo el sueño, despues de lo cual el ébrio se levanta, habiendo recobrado plenamente la razon.

Sin embargo, es raro que baste un solo sueño para arrancarle enteramente á su mundo fantástico. Hasta cuando ya parece razonable, todavía se le figuran realidades muchos ensueños, y con frecuencia tiene errores de sentidos y alucinaciones. Vuelve á dormirse, y cuando despierta de nuevo, se halla mas curado del *delirium tremens*, pero no del todo libre de las demás consecuencias de la embriaguez.

Así como muchos, en viendo temblar á un ebrioso, ya creen que padece el *delirium tremens*, hay muchos autores que no miran el temblor como un síntoma patognomónico ni constante. Sin embargo, es preciso confesar, que existe en la mayoría de los casos, y de ordinario en alto

grado; de manera que la marcha es vacilante, y no pueden los enfermos llevarse las cosas á la boca, ni arrimarse el vaso. A veces, ese temblor es muy violento.

El *delirium tremens* se presenta á veces en forma de una enfermedad nerviosa. Mas hay una forma que le semeja mucho con el frenesí, con inflamacion del cerebro. Dánle el nombre de *delirium tremens* tumultuario. En semejantes casos suele faltar el primer período, ó sea los prodromos; los demás síntomas se confunden y entrelazan; el enfermo se vuelve caprichoso é indisciplinable; la cabeza está trastornada y caliente; los ojos lanzan chispas, y están con frecuencia enrojecidos. A menudo sobrevienen epistaxis, y á veces se anuncia la escena con convulsiones, que imitan la epilepsia. El pulso está lleno y hasta duro; á menudo hay violentas palpitaciones de corazón, y los enfermos sienten una grande ansiedad ó se hacen furiosos.

La terminacion de este estado se alcanza á veces con la curacion por medio de un sueño crítico, en otras sobreviene la muerte por apoplejía serosa ó sanguínea, en medio de un estado soporoso, ó despues de algunas convulsiones; mientras que el *delirium tremens* asténico suele terminar por el agotamiento del sistema nervioso, por la parálisis del cerebro y la apoplejía nerviosa.

La abertura de los cadáveres nos enseña, que, en general, hay vestigios de inflamacion del cerebro, inyeccion de los capilares, derrames serosos en las meninges, y exudaciones puriformes en el *esténico*, pero no son constantes; y en el *asténico*, en lugar de eso, los hay de congestion general. A veces hay serosidad en los ventrículos y en el canal medular.

Tambien hace observar la autopsia inflamaciones y degeneraciones en los pulmones, corazón, estómago é intestinos, hipertrofiás del hígado, que está lleno de sangre, y cuyo tejido se rasga fácilmente, y reblandecimientos del bazo.

El *delirium tremens* deja á la larga una gran disposicion á la recidiva, si no renuncia el enfermo á la bebidas. Høegh-Guldberg refiere un caso de reaparicion por quince veces.

El *delirium tremens* crónico es el que, mejorado por un sueño de corta duracion, se reproduce de continuo; no se cura casi nunca, y la mayor parte de veces degenera en una verdadera demencia.

El doctor John de Meiningen habla de una forma periódica de este mal. Mas, segun observacion de Roesch, esa forma es mas bien la epilepsia abdominal. Es muy frecuente, en efecto, ver empezar el mal por un acceso epiléptico.

*Manía à potu.* — Que la manía puede ser producto de la embriaguez, es una cosa averiguada y que descansa sobre numerosos hechos. Se la llama *à potu*, porque es producida por la bebida. Es igualmente periódica y se parece mucho al *delirium tremens* esténico, y mas de una vez se ha confundido con él. Pfeufer es el que ha distinguido la *manía à potu* del *delirium tremens*.

Segun este autor, es una verdadera manía con intervalos lúcidos, y que dura de un mes á seis semanas. Parece que en ella se aumenta la fuerza muscular, los enfermos se entregan á movimientos bruscos, y son muy amigos de cambiar de lugar y posicion, lo cual se parece al *delirium tremens*. Sienten igualmente una propension irresistible á destruir y á encozarse, lo cual los arrastra á perpetrar los actos mas destituidos de

sentido comun; el dissipador se vuelve avaro, y el avaro dissipador; es decir, que hay cambio de carácter. En los casados no deja de notarse el amor á los hijos, y la concupiscencia mas bien parece aumentada que disminuida.

Segun algunos creen y han observado, esta forma se presenta con alguna frecuencia en las clases elevadas, en hombres arrogantes, que tienen contratiempos y están atormentados de afecciones tristes del alma; por lo cual piensan distraerse con las bebidas. Así es que sus quejas versan á menudo sobre las ofensas que han recibido, las persecuciones de que son objeto, las injusticias que han cometido con ellos, etc.

El doctor Clers, médico del hospital de Santa Catalina, en Stuttgart, cree que esa distincion del *delirium tremens* y de la *manía à potu*, está bien fundada, porque observó varios casos de entrambas. La descripcion que hace de uno de esos casos de manía podrá servir de tipo para su conocimiento. Héla aquí:

«El enfermo daba gritos terribles; sus facciones estaban trastornadas; sus ojos rodaban en sus órbitas, sus pupilas dilatadas, la cabeza caliente, la cara roja, la frente bañada de sudor, pulso lleno, duro y acelerado, sentidos presa de alucinaciones. Veia sin cesar llamas y figuras de fuego, que se avanzaban hácia él, amenazando devorarle.

»Durante el tercer acceso, que no se hizo aguardar mucho, el furor era espantoso. El enfermo creia siempre ver la hoguera, encima de la cual se le iba á quemar, y hacia continuos esfuerzos para escaparse; tres hombres vigorosos no le podian contener. Durante el cuarto acceso, que fué tan violento, que el enfermo destruyó todo lo que cayó en sus manos, se hirió la cabeza contra una tapia, dejando en ella huellas de sangre, hasta que acabó agotada toda su fuerza.

»La autopsia descubrió que su cerebro estaba lleno de serosidad; una abundante jalea acuosa cubria la pía madre y la aracnoídea, y el cerebro estaba reblandecido. En la base del cráneo, delante del puente de Varolio, y á lo largo de los cuerpos cuádrigéminos, el encéfalo presentaba, en la extension de una pulgada, una tinta lívida, que penetraba algunas líneas de profundidad.»

*Melancolía, demencia ebriosa.* — A veces, en lugar de presentarse antes del *delirium tremens*, sobreviene la manía melancólica, y tras ella la demencia. De un estado de subdelirio á ella no hay mas que un paso. Si el sugeto está bajo el peso de la miseria, ó de profundos pesares, cae en la melancolía, que le conduce á menudo al suicidio. Y si ha pasado por toda la série sucesiva de males físicos y morales, es la demencia la que le invade, muriendo antes que su cuerpo su espíritu, si puede tomarse por muerte la extincion completa de todas las ideas y de todos los sentimientos.

No solamente los diversos trastornos morales de que hemos hablado toman esa forma, sino que la demencia puede ser la consecuencia natural de la estupidez particular á los bebedores, sin que vengan á colocarse entre el mal y el enfermo otras anomalías de aquel orden.

Despues de lo que acabamos de decir, se comprenderá fácilmente que las diferentes formas del mal que nos ocupa, siquiera tengan alguna diferencia fundamental, bien pueden considerarse como grados de la misma enfermedad, y tipos que son la expresion del diverso giro que toma, segun las circunstancias personales de los sugetos que se le provocan por medio del abuso de las bebidas.

Si les hemos dado importancia aparte, no ha sido con el intento ó la convicción de que sean locuras radicalmente diversas, ni en sí, ni en cuanto á su causa comun; acaso lo hemos hecho por lo mismo que, sin esto, habria quien creyese que habia entre ellas mas diferencias de las que realmente existen.

Una ojeada á las causas de la ebriosidad es importante en la cuestion que nos ocupa.

Para señalar las causas de la ebriosidad de un modo cabal y exacto, conviene que no olvidemos lo que hemos dicho respecto de los grados del deseo de beber, que siempre figura en primera línea en el catálogo etiológico de estas locuras sintomáticas. Unas veces es la dipsomanía, ó sea el impulso monomaniaco, la que arrastra á beber; otras un impulso irresistible, avivado por ciertas circunstancias del sugeto. En el primer caso la causa inmediata de la ebriosidad es la ebriomanía; en el segundo, son las causas, ya exteriores, ya personales del sugeto, cuya influencia le conduce al abuso de las bebidas.

En efecto, sobre una causa general que conduce á todos los hombres á beber mas de lo regular, pobres, ricos, grandes y humildes, sabios é ignorantes; esto es, el placer de beber licores, y el deseo de alegrarse con ellos y olvidar las cuitas de esta vida, de las cuales nadie se escapa, hay ciertas causas particulares que pueden originar el vicio de beber y abusar de las bebidas, y despues acarrear la embriaguez y la ebriosidad.

Entre las circunstancias exteriores podemos comprender:

1.ª Ciertas profesiones que obligan á estar cerca de la lumbre ó el fuego, y exigen además un empleo considerable de fuerzas físicas, como la de herreros, cerrajeros, tahoneros, obreros de fábricas de fundicion, etc.

2.ª Las rudas faenas del cuerpo en general, especialmente al aire libre y á la intemperie de las diversas estaciones, en cuyo caso se encuentran los albañiles, carpinteros, camineros, cazadores, labradores, y en general todos los jornaleros de cualquier oficio, que trabajan al aire libre.

3.ª Lippich mira la vida sedentaria como otra de las causas del mal que nos ocupa; pero como precisamente lo opuesto, el ejercicio notable desarrolla el deseo de beber, segun se ve en los cazadores, soldados en tiempo de guerra y marcha, carreteros, arrieros, verederos, y cuantos andan por el campo ó los caminos; si los sedentarios beben, es porque regularmente son ociosos, y la ociosidad es madre del tédio, del fastidio, de todos los vicios, y de consiguiente puede llevar al abuso de la bebida.

4.ª El oficio de tabernero, ú otros análogos, como fondas, cafés, botillerías, posadas y mesones, conduce al abuso de las bebidas fermentadas. Mozos y mujeres al servicio de estas casas suelen padecer de este vicio, contribuyendo tanto el ejemplo, el manejo de los licores y las invitaciones que se les hacen, como el ejercicio continuo que están haciendo, las vigiliadas prolongadas, la irregularidad de las comidas, y los largos intervalos pasados junto al fuego. Muchos posaderos han caido en este vicio, á pesar de ser buenos y sóbrios. Empiezan por poco; al levantarse temprano, toman una bocanada de aguardiente para fortalecerse, para tomar fuerzas, como dicen; luego beben, y por la tarde, en seguida, llenan el dia; y al fin, estrechando las distancias, le beben á cada paso, hasta que acaban por privarse.

5.ª El ejemplo, las malas compañías, los consejos ó preocupaciones son con frecuencia causa del vicio de beber. Hay una preocupacion muy general, que parece un resabio de la doctrina bruniana, que el vino y el licor fortifican, dan fuerzas; y hay una infinidad de gentes que atribuyen todos los males á la debilidad, y acto continuo echan mano del caldo y del vino, y mas aun de los licores que del caldo, porque se hallan mas á mano.

6.ª La miseria, la escasez, los ahogos de la vida conducen á lo mismo. Obligados á privarse de muchos placeres, de muchas cosas agradables, y al mismo tiempo á trabajar, sin poder acaso alimentarse lo debido, se toman fuerzas bebiendo vino, y más aun aguardiente. Es lo que hacen casi sin excepcion todos los jornaleros de todos los oficios; ganan poco jornal, apenas pueden alimentar con él á su familia, comen poco, y para tener fuerzas, beben licores que se las dan; pero sucede lo que dice Liebig con mucha oportunidad é ingenio. El aguardiente, por su accion sobre los nervios, permite utilizar, á expensas del cuerpo, la fuerza que falta; se gasta hoy lo que en el orden natural debia emplearse mañana. Es como una letra de cambio girada sobre su salud, y que tiene que aplazar diariamente por carecer de recursos para pagarla. Consume, en una palabra, su capital, en vez de los intereses; de aquí la inevitable bancarota de su cuerpo.

La miseria conduce tambien al abuso del vino y aguardiente, para hacer olvidar con ellos las penas y amarguras de que está cubierta, como si siguieran aquello del libro de los *Proverbios*: «*Dad sicera ó bebida de dátiles al que está triste, y vino al que tenga el ánimo lleno de amargura; beban, y olvidarán sus necesidades, y no recordarán ya sus dolores.*»

Además de las indicadas, hay otras causas del vicio de beber, origen de la ebriosidad, las cuales se rozan mas con la moral del sugeto, y son las siguientes:

1.ª La ociosidad ante todo; la falta de ocupacion. A ello se debe sin duda que haya tanto militar entregado á la embriaguez, y que tantos curas de aldeas y ciudades se separen de su santo ministerio por la misma causa.

2.ª El gusto por la disipacion y la ligereza de carácter.

3.ª Las pasiones, tanto excitantes como deprimentes, conducen á lo mismo. Tales son, por ejemplo, la cólera ó el despecho que causan las injusticias, los pesares domésticos, las contrariedades, etc.; Cuántos infelices embriagados no hay que se hallan en tan embrutecido estado, por causa de su mujer, que les da mala vida! Un poeta aleman hace decir á un personaje de sus dramas: «*Dicen que me emborracho; ¿pues qué he de hacer cuando tengo el diablo en mi casa? No me quedan mas recursos para librarme de mi mala mujer, que ahorcarme ó coger una turca; pues entre estos dos extremos, no creo que sea mejor ahorcarse.*»

4.ª Los trabajos excesivos de cabeza, la poesía y las bellas artes, que abren tan vasto campo á la fantasía, pueden contarse tambien entre las causas del mal que nos ocupa. Los poetas, los músicos, los cantantes, los cómicos, rinden muy á menudo culto á Baco.

Tiedeman dice con mucha oportunidad y acierto, que el vino y el café son buscados con afan por ciertos hombres, porque el primero exalta el carácter, y el segundo la imaginacion; por eso buscan y toman café los matemáticos, los astrónomos, los filósofos, los historiadores, los natu-